

RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

Cuando visité Holanda, mis anfitriones me acompañaron a visitar distintos puntos de interés turísticos del país. En una de las ciudades (creo recordar que era Amsterdam), me mostraron con orgullo la estatua de un niño que ellos consideran su héroe nacional. Me dijeron que ese niño estaba jugando cerca de la represa que contenía al mar circundante e impedía que éste inundara el país. De pronto, el niño advirtió que se había producido un pequeño agujero en la represa y por él comenzaba a filtrarse el agua marina. El niño se dio cuenta de que pronto la grieta se iría abriendo y que la fuerza del mar terminaría por destruir la represa y el mar inundaría toda Holanda, con los efectos desastrosos que hasta un niño podía imaginar. Ni corto ni perezoso, puso un dedo en el agujero por donde se filtraba el agua para evitar que siguiera escurriendo y a grandes voces llamó por ayuda. Los holandeses llegaron, repararon la represa y el niño fue considerado como un héroe que había salvado el país. En agradecimiento, erigieron por suscripción popular una estatua que lo immortalizara y pudieran honrar las generaciones futuras.

Esta historia la he recordado insistentemente los últimos meses en relación con una situación que está viviendo nuestro país. No se trata, por cierto, de que el Océano Pacífico amenace inundar nuestras ciudades, sino de

# ¿Quién le pone el dedo?



"Informe especial" y el desnudo de la discordia.

otra avalancha que lenta e insensiblemente se nos ha venido encima y que amenaza con modificar nuestras costumbres, valores y cultura, sea para bien o para mal.

Me estoy refiriendo a la avalancha de imágenes que esa maravilla que es la TV por cable introduce con fuerza creciente en nuestros hogares. El cable ha abierto el mundo a los chilenos: por él vemos tanto la crueldad de las guerras y la corrupción que asolan a otros países, como educativos documentales, sesudas entrevistas a personalidades de la política y la

cultura universal; el fútbol que se juega en todos los países, las corridas de toros en España y un sinnúmero de películas de todos los géneros y calidades que nos muestran los comportamientos, grandezas y miserias de otros pueblos y otras culturas.

Imposible es imaginar que tal torrente de información, sea ésta dramática o documental, no va a influir en nuestros hábitos, valores y cultura. De hecho, ya ha influido. ¿Quién no recuerda la sanción que recibió TVN porque uno de sus programas exhibió brevemente a unas

bailarinas soviéticas con los senos desnudos? Hace poco, el mismo programa exhibió con la misma brevedad una vista de una playa nudista en Rusia y nadie dijo ni pío. Afortunadamente, a nuestro juicio.

¿Pero cómo no atribuir este cambio -positivo con respecto a una actitud que implicaba un desfasado cartuchismo de nuestras autoridades televisivas- a la influencia de las desinhibidas imágenes que a diario nos trae el cable?

¿Pero no es inquietante la exhibición permanente de una violencia desenfundada, del consumo de drogas, de prácti-

cas, a nuestros ojos, aberrantes?

Sabemos que el Consejo Nacional de Televisión está preocupado por eso y estudia diferentes medios para controlar la TV por cable, pero pienso con objetividad que todo intento al respecto será un leve paliativo o fracasará rotundamente. Vivimos en la era de la revolución de las comunicaciones y no hay dedo, mano o cuerpo que pueda impedirlo. Pronto el cable quedará superado por antenas case- ras que podrán recibir directamente señales televi- sivas originadas en cualquier parte de este mundo que se va haciendo cada día más pequeño.

Pienso que si queremos defender nuestros valores y cultura, lo que se impone es, más que medidas represivas, una política destinada a reforzar la producción nacional, en la que podamos vernos representados en lo que efectivamente somos y en los cambios que inexorablemente debemos experimentar.

Y para volver a nuestra historia holandesa inicial, habría que preguntarse quién entre nosotros, qué autoridad podrá poner el dedo en esta avalancha de imágenes que nos enriquece y empobrece a la vez.

Me temo que ni a Pilar Armanet ni a nadie le vamos a erigir una estatua como la que en Holanda levantaron al niño que impidió que el mar sepultara a su país.

PARLAMENTO

HARRY JÜRGENSEN

## La República es más...

Los habitantes de cualquier nación moderna tienen una ineludible responsabilidad individual: ser los soportes de su propia democracia.

En Chile estamos asistiendo hoy, impávidos o culpables, a la destrucción sistemática de la convivencia nacional. Hay quienes quieren una reconciliación condicionada y otros que están tratando de desvirtuar la misión parlamentaria.

El país sabe con claridad que la campaña de los primeros pretende una reconciliación difícilmente alcanzable, porque está basada en el cuestionamiento y desprestigio de las instituciones de la defensa y de orden.

Hay otros que, pensando que le hacen un favor a la República, en forma inconsciente -o consciente, lo que sería peor- sostienen que ser parlamentario es sinónimo de desidia, de irresponsabilidad, de pactos espurios...

Decimos tajantemente que no es así. Es posible que, como en toda institución generada por votación popular, puedan

darse algunas situaciones que sobrepasan los patrones normales de conducta; pero eso no puede afectar a todo el Congreso Nacional, a todo el Poder Legislativo.

Los valores de la República permanecen por sobre cualquiera de estas disonancias o distorsiones de lo que significa cumplir nuestro papel en la historia moderna de Chile.

No hagamos tabla rasa de lo que no debemos perder: el respeto por las normas e instituciones que deben regirnos para ser una nación que honra su pasado y defiende con decisión su futuro.

No podemos afirmar que el Parlamento es una cueva de inmorales y que el honor no existe. Primero, porque no es verdad; segundo, porque si no introducimos en la formación moral de la familia chilena el respeto por estos valores, no sólo nos exponemos a un nuevo quiebre del sistema institucional, sino que, para ver-

guenza nuestra, tendríamos que empezar de nuevo y reconocer que todo lo que hemos vivido no nos ha servido de nada.

Puede haber malos diputados o malos senadores. Eso es parte de la historia. Pero no hay que desacreditar los valores de la democracia representativa, porque no pueden desaparecer, ya que son el sostén de nuestra supervivencia cívica.

Hay quienes interesadamente cuestionan estos conceptos. No lo haga usted irresponsablemente, porque mañana exigirá seguridad ciudadana para sus hijos. ¿Cómo puede haberla, si usted está socavando las bases de un sistema que libremente eligió?

Usted sí debe sancionar siempre a los que han traicionado su confianza, pero esos pocos no son Chile. ¡Chile es mucho más grande que nuestras pequeñeces e irresponsabilidades!

Diputado de RN.

PALOMO

### FIN DE LAS UTOPIAS

... LO QUE SE, ES QUE, HOY POR HOY, NO HAY NADIE MEDIANAMENTE INFORMADO Y RESPONSABLE, QUE PUEDA PROMETER UN FUTURO SIN PROBLEMAS A LA GENTE!



© Palomo